

—¡Jal ¡jal ¡cuántos borrachos! ¡vaya unas fachas!... pero no es suya la culpa, sino del sol...

Todos reían en la tienda, hasta la señora Putois, que detestaba á los beodos. La bizca de Agustina careaba como una gallina al reirse, y abría desmesuradamente la boca, sofocándose. Sin embargo, Gervasia sospechaba que Coupeau no había regresado en derechura, sino que había pasado una hora en casa de los Lorilleux, los cuales le aconsejaban mal. Cuando él juró que no había tal, se rió á su vez, llena de indulgencia, sin ni siquiera reprocharle el haber perdido otro día de trabajo.

—¡Qué tonterías dice, Dios mío!—murmuró;—¿cómo pueden decirse barbaridades semejantes?

Y después, con acento maternal:

—Ve á acostarte ¿quieres? Ya ves que estamos muy ocupadas; aquí nos estorbas... Van treinta y dos pañuelos, señora Bijard, y otros dos, treinta y cuatro...

Pero Coupeau no tenía sueño. Quedóse en la tienda, columpiándose, como la péndola de un reloj, y sonriendo cazarriamente con aire testarudo y revoltoso. Gervasia, que quería verse libre de la señora Bijard, llamó á Clemencia para que contase la ropa, mientras ella la apuntaba. Entonces, á cada pieza, la pica-ronaza soltaba una desvergüenza, una obscenidad; exhibía las porquerías de los clientes, las aventuras de las alcobas, y hacía chistes de obrador con referencia á todos los agujeros y á las manchas todas que pasaban por sus manos. Agustina hacía como quien no comprende, escuchando atenta como niña viciosa.

La señora Putois se mordía los labios, y opinaba que era estupidez decir cosas tales en presencia de Coupeau; un hombre no debe ver la ropa de la lavandera: es una de las operaciones que se hacen reservadas en casas decentes. En cuanto á Gervasia, preocupada en su tarea, no oía al parecer. A la vez que escribía, seguía con atenta mirada las piezas, para reconocerlas al pasar, y nunca se equivocaba en el nombre de sus propietarios, por el olor ó por el color. Esas servilletas pertenecían á los Gouget, cosa que saltaba á la vista, pues no habían servido para limpiar el ulo de las sartenes. Aquella funda de almohada era

seguramente de la Boche, como lo indicaba la pomada con que la señora Boche manchaba sus ropas todas.

No era tampoco menester acercar las narices á los chalecos de franela del señor Madinier para saber que eran suyos, pues como era tan grueso tenía con el sudor toda la lana. Gervasia sabía otras muchas particularidades, los secretos de limpieza de cada cual, los bajos de la vecina que atravesaba la calle con faldas de seda, el número de medias, de pañuelos, de camisas, que se ensuciaban por semana, la manera como algunos rasgaban ciertas prendas, siempre en un mismo sitio. Así, pues, tenía gran repuesto de anécdotas. Las camisas de la señorita Remanjon, por ejemplo; suministraban interminables comentarios; se desgastaban por arriba, de lo cual se deducía que debía tener los hombros en punta, y nunca estaban sucias aun cuando las hubiese llevado puestas quince días, lo cual probaba que á su edad ciertas mujeres son como un trozo de leño, del que sería difícilísimo extraer un jugo cualquiera. En resumen, á cada apartado que se hacía en la tienda, se desnudaba á todo el barrio de la Goutte d'Or.

—Esto es confitura—exclamó Clemencia, abriendo un nuevo envoltorio.

Gervasia, acometida bruscamente de una insuperable repugnancia, se echó hacia atrás.

—El lío de la señora Gaudron—dijo.—No quiero lavarle más su ropa; buscaré un pretexto. Y no es que yo sea más delicada que otra cualquiera, pues he manoseado ropa más repugnante que esa en el curso de mi vida; pero lo que es esa, francamente, no puedo. Me haría echar las tripas... ¿qué demonio hará esa mujer para poner su ropa en semejante estado?

Y rogó á Clemencia que se diera prisa. Mas la obrera continuaba sus comentarios, metiendo los dedos en los agujeros que encontraba, con alusiones sobre las piezas que enarbolaba como banderas de la cazcarria triunfante.

Mientras tanto los montones habían crecido en torno de Gervasia, la cual, siempre sentada en el borde del taburete, desaparecía entre las camisas y las enaguas; ante sí, hacinábanse las sábanas, los pantalones, los

manteles, un «totum revolutum» de suciedad; y ella en medio de aquella marea creciente, continuaba con sus brazos desnudos, su cuello desnudo, con sus mechones de blondo pelo, pegados á las sienes, más sonrosada y más decaecida.

Recobraba su aplomo, su sonrisa de ama atenta y cuidadosa, olvidando el lío de la señora Gaudron, no percibiendo ya su olor, y revolviendo con una mano los montones para cerciorarse de que no había ninguna equivocación. La bisoja Agustina, que se deleitaba echando paletadas de cok en el hornillo, acababa de atestarle de tal modo que las placas de la fundición se habían enrojecido. Los rayos del sol caían oblicuos sobre la portada; la tienda parecía un horno. Entonces Coupeau, á quien tamaño calor embriagaba más y más, presa de repentina ternura, se adelantó hacia Gervasia, con los brazos abiertos, muy conmovido.

—Eres una gran mujer—tartamudeó,—deja que te dé un beso.

Peró sus pies se enredaron en las enaguas que obstruían el camino y por poco se cae.

—No seas fastidioso—dijo Gervasia sin enfadarse.—Estate quieto; ya hemos acabado.

Mas no: él quería darle un beso, lo necesitaba, porque la amaba mucho. Y balbuente, dió vuelta alrededor de las enaguas, tropezó en el montón de las camisas, y terco en su tarea, se le enredaron los pies y cayó de bruces en el montón de los trapos. Gervasia, que empezaba á impacientarse, le dió un empellón, gritando que iba á embrollarlo todo. Pero Clemencia y hasta la señora Putois le dijeron que hacía mal en rechazarlo. En resumidas cuentas ¿qué pretendía su marido? darle un beso. ¡Pues bien! Dejar que se lo diera.

—¡No sois poco afortunada, señora Coupeau!—dijo la señora Bijard, cuyo borrachón de marido, que era cerrajero, la llenaba de golpes cada noche al retirarse.—¡Si el mío fuese así, cuando está chispo, no sería poca mi dicha!

Gervasia, calmada, se arrepentía ya de su arranque. Ayudó á Coupeau á levantarse. Después le presentó la mejilla, sonriendo. Pero el plomero, sin pre-

ocuparse de que había gente delante, la agarró por el sobaco.

—No es por hablar—murmuraba;—pero hiede como un desmoché tu ropa. Y, sin embargo, ya ves cómo te amo.

—Suelta, que me haces cosquillas—gritó Gervasia riéndose á más y mejor.—¡Qué animal eres! vaya ¡no seas tan bestia!

Coupeau la tenía agarrada fuertemente, y no la soltaba. La joven abandonábase, mareada por el ligero vértigo que le producía el montón de ropa sucia, sin repugnarle el aliento vinoso de Coupeau. Y el sonoro beso que cambiaron sus bocas en medio de las suciedades del oficio, era como una primera caída en el lento apoltronamiento de su vida.

Entre tanto la señora Bijard ataba la ropa en paquetes, y hablaba de su hija, una niña de dos años, llamada Eulalia, que tenía tanto juicio como una mujer, pues podía dejarla sola, sin que llorara nunca, ni jugase con los fósforos. Por fin, se llevó los lios uno por uno, encorvándose su talle bajo el peso, y jaspándose su faz de manchas moradas.

—Esto no puede resistirse, nos estamos asando—Gervasia, secándose la cara, antes de reanudar su interrumpido planchado del gorro de la señora Roche.

Y se habló de dar algunos pescozones á Agustina; al observar que el hornillo estaba totalmente rojo. Las planchas también se enrojecían. ¡Si tendría la bizca algún demonio en el cuerpo! No podían dejarla de la vista sin que hiciera alguna de las suyas. Ahora, era preciso esperar un cuarto de hora para poder servirse de las planchas. Gervasia cubrió el fuego con dos paletadas de ceniza. Imaginó además, tender un par de sábanas en los alambres del techo, á manera de cortinas, á fin de amortiguar el sol. Con esto se pudo estar mejor en la tienda.

La temperatura continuaba siendo bastante tibia, parecía que uno se encontraba en una alcoba bañada de blanca claridad, encerrado como en su casa, lejos del mundo, aun cuando se oían, detrás de las cortinas, los pasos de la gente caminando con rapidez sobre la

acera; con la ventaja, además, de poder ponerse á su gusto. Clemencia se quitó la chambre.

Y como Coupeau continuase negándose á irse á dormir, se le permitió quedarse en la tienda; mas hubo de prometer que se estaría quieto en un rincón, pues la urgencia del trabajo requería no perder ni un minuto.

—¿Dónde habrá metido esa bribona mi polonesa? —murmuraba Gervasia, refiriéndose á Agustina.

A cada momento había de buscarse la planchita en cuestión, encontrándola en singulares escondrijos donde la aprendiz, según decían, la ocultaba por malicia. Gervasia acabó por fin el planchado del gorro de la señora Roche, cuyas puntillas había rizado, estirándolas con la mano y levantándolas con sólo movimiento de tenacillas. Era un gorro cuyo punto, muy adornado, se componía de estrechos recogidos que alternaban con entredoses bordados.

Reinó entonces un profundo silencio no oyéndose, por un momento, sino los sordos golpes de las planchas apagados por las mantas. A entrambos lados de la mesa de planchar, el ama, las dos obreras y la aprendiz, en pie, se inclinaban, embebidas en su tarea, arqueadas las espaldas y moviéndose sus brazos con un continuo vaivén. Cada cual tenía á su derecha un ladrillo plano, calcinado por las planchas demasiado calientes. En medio de la mesa, y á la orilla de un hondo plato de agua clara, humedecíanse un trapo y una pequeña brocha.

Un ramo de lirios, colocado en un antiguo bocal que sirviera para guindas en aguardiente, implantaba allí un recuerdo de jardín real, abriendo sus anchas flores color de nieve. La señora Putois había decantado el cesto de ropa preparada por Gervasia: servilletas, pantalones, chambras, pares de mangas. Agustina no acababa nunca con sus medias y con sus trapos, alzando al aire la nariz, siguiendo con interés el vuelo de una mosca. Y la mocetona Clemencia se ocupaba en una camisa de hombre que, con las que llevaba planchadas desde la mañana, sumaban treinta y cinco.

—¡Siempre vino, nunca vitriolo!—exclamó de repente el plomero, movido por la necesidad de hacer esta

declaración.—El vitriolo me hace daño; ¡no quiero más!

Clemencia tomaba una plancha del hornillo con su agarradero de cuero forrado de hojalata, y la arrimaba al carrillo para cerciorarse de si estaba caliente. Restrególa después sobre el ladrillo, la limpió con un trapo que colgaba de su cintura y atacó su camisa trigésima quinta, empezando su tarea por los faldones y las mangas.

—¡Bah! señor Coupeau—dijo al cabo de un minuto;—una copita de aguardiente no es mala. A mí me da vigor. Además, cuanto más pronto espicha una, tanto mejor; ¡oh! no me forjo ilusiones, ¡ya sé que no he de llegar á vieja!

—¡No estáis poco cargante con vuestras ideas de entierro!—interrumpió la señora Putois, que no gustaba de conversaciones tristes.

Coupeau se había levantado con enfado, creyendo que le acusaban de haber bebido aguardiente. Juraba por su salud, por la de su mujer y por la de su hija; que no tenía una gota de aguardiente en el cuerpo. Y se aproximaba á Clemencia, echándole el aliento en la cara para que le oliese. Después, arrimando su nariz sobre las espaldas desnudas de la moza, púsose á reír socarronamente. Quería ver más. Clemencia, después de haber plegado la espalda de la camisa y dado un planchazo á cada lado, arremetía con los puños y el cuello. Mas como el plomero la empujaba, hizo una arruga y hubo de coger la brocha del borde del plato; para alisar el almidón.

—¡Señora!—exclamó;—¡decidle que me deje en paz!

—¡Vaya, suéltala!—dijo tranquilamente Gervasia.—

¿No ves que tenemos prisa?

¡Que tenían prisa! bueno ¿y qué? no era suya la culpa. El no hacía ningún mal. No tocaba; miraba no más. ¿No estaba permitido ya ver las cosas bonitas hechas por el buen Dios? La tunantona de Clemencia tenía muy buenos cuartos y podía enseñarse por dos sueldos y hasta dejarse palpar; de seguro que nadie se llamaría á engaño. La obrera, en tanto, ya no se defendía y se reía de sus rudos requiebros de hombre achispado. Y bromeaba con él. El hacía chistes sobre

las camisas de hombre, diciéndole que siempre estaba con ellas y hasta que vivía dentro de ellas. ¡Ah! ¡Dios de Dios! ya lo creo que las conocía, y que sabía cómo estaban hechas.

¡Cuántas no habían pasado por sus manos, y á centenares, á miles! Todos los rubios y todos los morenos del barrio llevaban obra suya sobre su cuerpo. En tanto ella continuaba su tarea, riéndose á carcajadas, había hecho cinco grandes pliegues planos en la espalda, introduciendo la plancha por la abertura de la pechera; y después levantaba el faldón delantero y lo plegaba igualmente.

—¡Esta es la bandera!—exclamó riendo con más fuerza.

La bisoña Agustina soltó el trapo á la risa; tan chusca le pareció la alusión. Regañaron. ¡Una mocosa como ella no debía reir de palabras que no le atañía comprender! Clemencia le entregó su plancha; la aprendiz apuraba las planchas todas en sus paños y en sus medias, cuando no estaban bastante calientes para las piezas almidonadas. Empero, ésta la cogió con tan mala suerte, que se hizo una gran quemadura en la muñeca.

Y se echó á llorar, acusando á Clemencia de que lo había hecho adrede. La oficiala, que había ido á buscar una plancha muy caliente para la pechera de la camisa, la consoló al momento amenazándola con plancharle las orejas, si continuaba lloriqueando. Y en tanto, había colocado una franela debajo de la pechera y pasaba lentamente la plancha, dando tiempo al almidón de salir y secarse.

De esta suerte la tela tomaba una rigidez y un lustre de cartulina.

—¡Picarona!—exclamó Coupeau, que pateaba detrás de Clemencia con la terquedad propia de un borracho.

Y se empinaba sobre las puntas de los pies, riéndose con un reir de polea mal untada. Clemencia, apoyada fuertemente contra la mesa, con las muñecas vueltas, y los codos en alto y separados, doblaba el cuello de la camisa, no sin esfuerzos, y todas sus carnes desnudas se hinchaban, y sus hombros levan-

tábanse con el lento movimiento de los músculos que palpitaban bajo la fina piel, y su seno se abultaba, húmedo de sudor, en la rosada sombra de su entreabierto camisa. Entonces el plomero alargó las manos, queriendo tocar.

—¡Señora, señora!—exclamó Clemencia;—¡haced que se esté quieto!... Si esto continúa, me marchó... No quiero que me insulten.

Acababa Gervasia de colocar el gorro de la señora Roche sobre una percha cubierta de lienzo y encañonaba minuciosamente las puntillas con las tenacillas. Alzó los ojos precisamente en el momento en que el plomero alargaba otra vez las manos, intentando meterlas bajo la camisa de Clemencia.

—Decididamente no estás en tu juicio—dijo con enojo y como si regañara á un chico empeñado en comer dulces sin pan.—Vas á ir á acostarte.

—Sí, id á acostaros, señor Coupeau, valdrá más—dijo la señora Putois.

—¡Bah!—tartamudeó el plomero sin cesar de reir.—¡No sois poco cargantes! ¿Qué? ¿no se puede gastar una broma? Las mujeres, las conozco al dedillo; jamás les he roto nada. Se le da un pellizco á una mujer, ¿no es verdad? pero no se pasa de ahí; se hace honor al bello sexo, y nada más. Y luego, cuando se enseña la mercancía, es para que uno elija ¿es cierto? ¿Por qué esta rubia enseña todo lo que tiene? No, eso no está bien...

Y volviéndose hacia Clemencia:

—Ya lo sabes, cierva mía, haces mal en mostrarte desdenosa... Si es porque hay gente delante...

Mas no pudo proseguir. Gervasia, sin violencia, le agarraba de una mano y con la otra le tapaba la boca. El forcejeó, como por broma, mientras que su mujer lo empujaba hacia el fondo de la tienda, en dirección á su cuarto. Apartó el plomero la mano que le tapaba la boca y dijo que consentía en acostarse, pero á condición de que la rubia viniese á calentarle los piecitos. Después se oyó que Gervasia le quitaba los zapatos, regañándole como una madre. Y cuando le quitó los pantalones, desternillábase el plomero de risa, abandonándose, tendido, revolcándose en pleno lecho,

y perneaba, diciendo que le hacía cosquillas. Finalmente, le arrojó con cuidado, como á un niño, preguntándole si se encontraba bien. Mas él, en vez de contestar, gritó á Clemencia:

—¡Ea! ¡cierva mía! ¡Ven acá, que te espero!

Cuando Gervasia volvió á la tienda, recibió la bisoja Agustina un bofetón de Clemencia, á causa de una plancha sucia encontrada por la señora Putois en el hornillo, quien, sin advertirlo, había ennegrecido una chambra. Y como quiera que Clemencia, para excusarse de no haber limpiado su plancha, acusaba á Agustina y juraba y perjuraba que la plancha no era suya, á pesar de que aún conservaba por debajo una capa de almidón quemado, la aprendiz la había escupido el vestido, sin ocultarse, por delante, irritada de tamaña injuria. De ahí, pues, la bofetada en cuestión.

La bisoja reprimió sus lágrimas y limpió la plancha, raspándola y enjugándola luego, después de haberla frotado con un cabo de vela; pero cada vez que pasaba por detrás de Clemencia, hacía provisión de saliva y escupía, riéndose entre dientes, cuando el salivazo se escurría á lo largo del vestido.

Púsose de nuevo Gervasia á encañonar la puntilla del gorro. Y en medio del profundo silencio que se estableció, percibíase en el fondo de la trastienda la voz pastosa de Coupeau, que permanecía quieto, riéndose solo y soltando entrecortadas frases.

—¡Qué bestia es mi mujer! ¡hacerme acostar! ¡y en mitad del día, y sin tener sueño!

Mas, de repente, empezó á roncar. Entonces Gervasia exhaló un suspiro de satisfacción, dichosa al verle reposando, durmiendo su borrachera sobre dos buenos colchones. Y en medio del silencio, con voz lenta y continua, sin apartar los ojos de las tenacillas de encañonar, que manejaba con agilidad, decía:

—¿Qué queréis? No está en su juicio, y una no puede enfadarse. Aun cuando le hubiese pegado, no habríamos conseguido nada. Prefiero no contradecirle y acostarle; al menos, así se acaba de una vez, y yo quedo tranquila... Además, no es malo, me quiere mucho... Acabáis de verlo; se hubiera dejado hacer cuar-

tos para darme un beso... Necia fuera en quejarme de él, cuando hay tantos y tantos que, una vez bebidos, se van con otras mujeres... El viene siempre en derecha á casa. Verdad es que bromea con las oficialas; pero eso no trae consecuencias. Ya lo oís, Clemencia, no hay que ofenderse. Ya sabéis lo que es un hombre chispo; podría matar á su padre, á su madre, y después ni siquiera se acordaría... Yo le perdono de buen grado, pues lo que hace, lo hacen los demás, y aún peor.

Todas estas cosas las decía blandamente, sin pasión, acostumbrada ya á las salidas de Coupeau, justificando sus complacencias para con él; mas no viendo ya mal alguno en que pellizcara, en su casa, las caderas de las muchachas.

Cuando calló, reinó de nuevo el silencio, por nada interrumpido. La señora Putois, á cada pieza que cogía sacaba la cesta que estaba oculta debajo del tapete de cretona de la mesa, y después de plancharla levantaba sus cortos brazos y la colocaba en un aparador. Clemencia acababa de planchar la pechera de su trigésima quinta camisa de hombre. La tarea era grande; habfan calculado que sería menester velar hasta las once, y eso sin desperdiciar un minuto.

El taller en peso, actualmente, no teniendo distracción, trabajaba de firme y bien. Los desnudos brazos iban y venían, alegrando con sus rosados reflejos la blancura de las telas. Habíase llenado de nuevo el hornillo, y como el sol, penetrando á través de las tendidas sábanas, hería de plano el brasero, veíase subir el calor por sus rayos á manera de llama tenue cuyo estremecimiento conmovía el aire. La atmósfera se hacía tan sofocante, bajo las enaguas y los manteles puestos á secar en el techo, que la bisoja, exhausta de saliva, dejaba asomar la punta de la lengua por entre los labios.

Oliase á hierro fundido recalentado, á agua de almidón aceda, á chamusco de plantas, á hedor tibio de estufa donde las cuatro mujeres, con las espaldas al aire, añadian á la suma de olores el de sus moños y sus nucas empapadas, en tanto que el gran ramo de lirios se marchitaba en el agua verdosa de su bocal,

exhalando un perfume muy puro y muy penetrante. Y á intervalos, entre el ruido de las planchas y del hierro de atizar el hornillo, surgía un ronquido de Coupeau con la regularidad del tic tac enorme de un reloj que marcaba la ruda tarea del taller.

Al día siguiente á sus borracheras, sufría el plomero fuertes dolores de cabeza que hacían que tuviese todo el día el cabello lacio, mal sabor de boca y abotargada y torcida la faz. Levantábase tarde, á eso de las ocho, y empezaba á escupir, andaba por la tienda de un lado á otro, y como no se decidía á marcharse al taller, cata ahí otro día perdido. Durante la mañana quejábbase de tener piernas de algodón, llamándose «animal» por beber así, puesto que los excesos le desquiciaban el organismo.

Pero ¿cómo evitarlo, rozándose con una porción de haraganes, de los que ni á tiros podía desprenderse? Que quieras, que no quieras, no había más remedio que trincar, empezando por poco y acabando por mucho.

Pues, ¡no señor! ya no le sucedería más; maldita la gracia que tendría el calzar las botas para el otro mundo, en la taberna, en la flor de su edad. Pero, después de almorzar, se acicalaba, lanzando un ¡hum! para probar que aún tenía buen pulmón, y comenzaba por negar la turca de la vispera, diciendo que sólo se había puesto un poco alegre.

Pocos podían apostárselas con él que, firme siempre y dotado de una fuerza de mil demonios, bebía cuanto se le antojaba sin pestañear. Y entonces, pasaba la tarde entera vagando por el barrio. Y cuando había fastidiado bastante á las oficialas, su mujer le daba veinte sueldos para desembarazarse de él. Marchábase, yendo á comprar tabaco á la «Petite Civette», calle des Poissonnieres, donde por regla general tomaba una guinda con aguardiente, si encontraba un amigo. Después, daba fin á la moneda de veinte sueldos en la taberna de Francisco, esquina de la calle de la Goutte d'Or, donde había un vinillo nuevo que hacía cosquillas en la garganta.

Era un tabernucho antiguo, una tienda lóbrega, baja de techo, sala ahumada, donde se vendía sopa. Y allí

permanecía hasta la noche, jugando copas al «torniquete». Francisco le fiaba, prometiendo formalmente no presentar la cuenta á su mujer. Era preciso ¿verdad? limpiarse un poco el gáznate, para desembarazarlo de las mucosidades de la vispera. Una copa saca otra copa.

Por lo demás, él, siempre buen muchacho, respetando el bello sexo, algo bromista, seguro de sí mismo, tomando una chispita á veces, pero con gracia, despreciando á esos hombres embrutecidos por el alcohol que nunca se ven libres de su borrachera. Y regresaba á su casa alegre y retozón como un jilguero.

—¿Ha venido por casualidad tu amante?—preguntaba en ocasiones á Gervasia, para hacerla rabiar.—Ya no se le ve por acá; será preciso que yo vaya á buscarle.

El amante á que aludía era Gouget. Este, en efecto, evitaba las visitas demasiado frecuentes, por temor de incomodar y dar que decir. Sin embargo, aprovechaba todos los pretextos posibles, llevaba la ropa y pasaba veinte veces por la acera. Había en la tienda un rinconcito, en el fondo, donde le gustaba pasar horas enteras, sentado sin moverse, fumando su pipa.

Por la noche, después de comer y una vez cada diez días, se atrevía, y se instalaba en su sitio; apenas decía una palabra, con la boca como cosida, fijos los ojos en Gervasia; y sólo se quitaba la pipa de los labios para reirse de cuanto ésta decía. Cuando el taller velaba los sábados, olvidábase del mundo entero, divirtiéndose, al parecer, más que si hubiese ido al teatro. A veces las oficialas planchaban hasta las tres de la mañana. Una lámpara colgaba del techo, de un alambre, reflejando su pantalla un círculo de inmensa claridad en el que las ropas tomaban blancos matices de nieve.

La aprendiz cerraba la portada; pero como las noches de junio son abrasadoras, dejaban abierta la puerta de la calle. Y á medida que pasaban las horas, las oficialas se aligeraban de ropa para estar más cómodas, exhibiendo finos cutis, dorados por la luz de la lámpara, especialmente Gervasia, que había engordado, con los hombros rubios y relucientes como una seda.

y con un pliegue de niña en el cuello, cuyo hoyuelo hubiera dibujado de memoria Gouget, que tan atento y tantas veces lo había contemplado.

Entonces sentíase acometido por el ardiente calor del hornillo y por el olor de las ropas humeantes bajo las planchas y se abandonaba á un leve sopor, semi-atontado, fijos sus ojos en aquellas mujeres atareadas, cuyos desnudos brazos no cesaban de moverse, y que pasaban la noche para endomingar á todo el barrio.

En torno de la tienda, las casas vecinas dormían, aumentando lentamente el gran silencio del sueño. Daban las doce; después la una; después las dos. Ya no pasaban coches, ni transeúntes; y entonces, en la desierta y obscura calle, la puerta abierta proyectaba un rayo de luz, parecido á una tira de lienzo amarilla tendida en el arroyo.

De vez en cuando se oían á lo lejos los pasos de un hombre que se aproximaba, el cual al pasar por el rayo de luz alargaba la cabeza, sorprendido por los golpes de las planchas, y se llevaba la rápida visión de aquellas oficialas despechugadas, en medio de una atmósfera rojiza.

Gouget, viendo á Gervasia preocupada por Esteban, y queriendo librarle de los puntapiés en el trasero que le aplicaba Coupeau, se lo había llevado para tirar del fuelle en su fábrica de clavos. El oficio de herrero, si bien no tenía nada de halagüeño en sí, á causa de la suciedad de la fragua y del fastidio de siempre golpear sobre los mismos pedazos de hierro, en cambio era un oficio lucrativo, en el que se ganaban diez y doce francos diarios.

El niño, que á la sazón tenía doce años, podría dedicarse á este oficio, si le agradaba. Y así Esteban había venido á ser un lazo más entre la planchadora y el herrero. Este llevaba y traía al niño y daba noticias de su buena conducta.

Todo el mundo decía á Gervasia que Gouget estaba encaprichado por ella. Y ella, que no lo ignoraba, se ruborizaba como una doncella, con una flor de pudor que matizaba sus mejillas con los vivos colores de una manzana. ¡Ah! ¡el pobrecillo! pensaba ella: ¡no es muy fastidioso! nunca la había hablado de aquello;

nunca se había permitido un gesto sucio, ni una palabra de doble sentido. Pocos se encontrarán de esta pasta. Y, sin querer convenir en ello, saboreaba gratísimo deleite en verse amada así, como una santa virgen.

Cuando le sucedía algún grave disgusto, pensaba en el herrero y esto la consolaba.

Cuando estaban solos, no se encontraban violentos; contemplábanse uno á otro, sonriéndose, cara á cara, sin contarse lo que sentían. Era una ternura razonable, sin pensar en cosas sucias, porque es mejor conservar la tranquilidad cuando, conservándola, puede uno ser feliz.

Al concluir el verano, Naná trastornó la casa toda. Tenía entonces seis años y despuntaba ya como una mala pécora. Su madre la llevaba cada mañana, para librarse de ella, á un pequeño colegio de la calle Ponceau, dirigido por la señorita Josse. Y allí, la rapazuela se entretenía en atar por detrás las faldas de sus compañeras; llenaba de ceniza la caja de rapé de la maestra y hasta ideaba travesuras menos limpias, que no podían contarse.

Dos veces la despidió la señorita Josse y otras dos volvió á tomarla, para no perder los seis francos de cada mes. Al salir de la clase, vengábase Naná de su encierro de todo el día, alborotando el zaguán y el patio á donde las oficialas, sordas con sus gritos, la enviaban á jugar.

Allí encontraba á Paulina, la hija de los Roche, y al hijo de la antigua patrona de Gervasia, Víctor, papanatas de diez años, que gustaba de tunantear en compañía de las muchachas. La señora Fauconnier, que continuaba amiga de los Coupeau, mandaba allí su hijo.

Por lo demás, había en la casa un pululeo extraordinario de chiquillos, enjambres de muchachos que descendían brincando por las cuatro escaleras á todas horas, y asaltaban el patio como bandadas de alborotadores gorriones. La señora Gaudron, por sí sola, soltaba á nueve, entre rubios y morenos, mal peinados, con los mocos colgando, pantalones hasta los sobacos, caídas las medias sobre los zapatos y mostrando la

blanca piel debajo del craso barniz de suciedad. Otra vecina, vendedora de pan, que vivía en el quinto piso, daba suelta á siete más. De todos los cuartos salían en tropel. Y en aquel hervidero de renacuajos, de labios sonrosados, lavados cuando llovía, se veían unos altos y delgados como un bramante, otros gruesos, panzudos como hombres, otros pequeños, pequeñuelos, que aún no sabían andar y se arrastraban á gatas cuando querían correr. Naná era la reina de todos aquellos sapos; allí hacía de señorita mandona con muchachas de doble edad que ella y sólo consentía en ceder algo de su autoridad á Paulina y á Víctor, confidentes íntimos que apoyaban sus voluntades. La traviesa rapaza proponía siempre jugar á papá y á mamá, desnudaba á los más pequeños para volverlos á vestir luego, quería registrar á los otros por todas partes, los manoseaba y ejercía un despotismo caprichoso de muchacha dada al vicio. Los juegos dirigidos por ella, eran de lo más endiablado que imaginarse pueda.

La bandada chapoteaba en las aguas del color del tinte saliendo de allí con las piernas teñidas de azul ó de rojo hasta las rodillas; después invadían el taller del cerrajero, donde cogían clavos y limaduras, y desde aquí iban á caer en medio de las virutas del ebanista, montones de virutas enormes, sobre las cuales rodaban mostrando sus traseros. El patio era suyo por completo, resonando con el ruido de sus zapatos al desbandarse, y con el penetrante grito de sus voces, que subían de punto cada vez que la bandada volvía á emprender su vuelo. Días había en que el patio no bastaba á contenerles, y entonces bajaban á los sótanos, volvían á subir, trepaban por las escaleras, enfilaban por un corredor, bajaban de nuevo, tomaban otra escalera, salían por otro corredor, y todo ello sin cansarse, durante horas enteras, vociferando siempre, y conmoviendo el caserón con su galopar de alimañas nocivas soltadas al fondo de todos los rincones.

—¡Son de la piel del diablo esos granujas!—gritaba la señora Roche.—Verdaderamente muy poco ha de tener la gente en qué ocuparse, para hacer tanto chiquillo... ¡Y todavía se quejan de que no tienen pan!

Roche decía que los hijos brotan de la miseria, co-

mo los hongos en el estercolero. La portera se pasaba el día gritando, y amenazándoles con la escoba. Acabó por cerrar la puerta de los sótanos, al saber por Paulina, á la que dió un par de cachetes, que Naná había ideado jugar «al médico» con ellas, en la obscuridad; la viciosa rapaza daba lavativas á sus compañeras, usando un palo á guisa de jeringa.

Una tarde tuvo lugar una escena escandalosa, la que no podía menos de acontecer. Ocurriósele á Naná un juego muy cuco. Había robado un zueco de la señora Roche que encontrara delante de la portera. Le ató un bramante y empezó á tirar de él como de un coche. Por su parte, Víctor concibió la idea de llenar el zueco de mondaduras de manzana. Formóse entonces un cortejo. Naná abría la marcha arrastrando el zueco. Paulina y Víctor iban á sus costados. Seguía después, en orden, la caterva de chiquillos, primero los grandes, y luego los pequeños, empujándose; cerraba la marcha un mocoso en camisa, alto como una bota, llevando en la cabeza una chichonera desfondada. Y la comitiva entonaba una salmodia triste, con exclamaciones de ¡oh! y de ¡ah! Naná había dicho que se jugara «al entierro»; las mondaduras de manzana eran «el muerto». Cuando hubieron dado la vuelta al patio volvieron á empezar. El juego aquel les gustaba.

—¿Qué demonche están haciendo?—murmuró la señora Roche saliendo de la portera, siempre llena de desconfianza y siempre en acecho.

Y cuando vió lo que era:

—¡Pero si es mi zueco!—gritó furiosa.—¡ah, canallas!

Y empezó á distribuir cachetes, abofeteó á Naná en las dos mejillas y aplicó un puntapié á Paulina, la pava que consentía que cogiesen un zueco de su madre. Precisamente en aquel momento estaba llenando Gervasia un cubo en la fuente. Y cuando vió á Naná con las narices chorreando sangre, y ahogándose en sollozos, estuvo á punto de saltar al moño de la portera. ¿Se pega á los niños como á los animales, por ventura? Preciso era no tener corazón, y ser la última entre las últimas.



Naturalmente, la señora Roche replicó. Cuando se tenía una gorrinería de hija como aquella, se la cerraba bajo llave. Por último, el mismo Roche en persona, apareció en el umbral de la portería, mandando á su mujer que se entrase y que no gastase tantas explicaciones con gentes marranas. Aquello fué una ruptura completa.

La verdad es que desde hacía un mes las buenas relaciones entre los Roche y los Coupeau andaban de capa caída. Gervasia, dadivosa por temperamento, les obsequiaba á cada rato, ya con litros de vino, ya con tazas de caldo, con naranjas, con porciones de pasteles. Una noche había llevado á la portería un poco de ensalada sobrante, lechuga y remolacha, sabiendo que la portera se moría por la ensalada. Pero á la mañana siguiente quedó como quien ve visiones al oír contar á la señorita Remanjon que la señora Roche había tirado la lechuga con aire desdenoso, en presencia de varios inquilinos, pretextando que ¡á Dios gracias! aún no se hallaba en el caso de comer las sobras de nadie. Y desde entonces Gervasia puso punto final á sus regalos, y ya no hubo vinos, ni tazas de caldo, ni naranjas, ni porciones de pastel, ni nada.

¡Era de ver la cara de los Roche! Parecía que los Coupeau les hacían un robo. Gervasia comprendía su falta, por cuanto, en resumidas cuentas, si no hubiese cometido la necedad de obsequiarles tanto, no se hubieran acostumbrado mal y habrían continuado siendo atentos y complacientes. Actualmente la portera hablaba de ella peor que de un ahorcado.

Llegado el vencimiento de octubre, estuvo chismografiando largo rato con el propietario señor Marescot, porque la planchadora, que despilfarraba su dinero en golosinas, se había retrasado un día en el pago; y el tal señor Marescot, no muy amable que digamos, entró en la tienda con el sombrero puesto y pidiendo su dinero, que se le entregó en seguida.

Naturalmente, los Roche habían hecho las paces con los Lorilleux, y actualmente con éstos bromeaban en la portería, en medio de las ternezas de la reconciliación. Decían que nunca se hubieran enturbiado sus amistades, á no haber intervenido aquella Dambán que

era capaz de hacer reñir á las piedras. ¡Ah! ya la conocían ahora los Roche y comprendían cuánto debían haber sufrido los Lorilleux. Y cuando pasaba Gervasia por delante de la puerta, soltaban todos ellos una risotada general.

Sin embargo, un día subió Gervasia en casa de los Lorilleux. Tratábase de mamá Coupeau, que á la sazón tenía setenta y siete años y había perdido completamente la vista y con ella el uso de sus piernas. Acababa de renunciar, por fuerza, á su acomodo y estaba á punto de morir de hambre si no se la socorría. Gervasia encontraba vergonzoso que una mujer de esta edad, que tenía tres hijos, se viese así abandonada de todos. Y como Coupeau se negara á hablar con los Lorilleux, diciendo á Gervasia que subiera si quería; hizolo así, poseída de viva indignación.

Ya arriba, entró sin llamar, como una bomba. Nada había cambiado desde aquella noche en que los Lorilleux la habían hecho, por la primera vez, una acogida tan poco afectuosa. La misma cortina de lana destendida separaba la alcoba del taller, habitación á manera de cañón de fusil y que parecía hecha para una anguila. En el fondo, Lorilleux, inclinado sobre su banco, eslabonaba una á una las mallas de un trozo de columna, mientras que la señora Lorilleux tiraba un hilo de oro de la hilera, en pie delante del tornillo. La pequeña fragua, con la luz del día daba una claridad rosada.

—Sí, ¡soy yo!—dijo Gervasia;—¿Os admirá mi visita porque estamos reñidos? Ya podéis pensar que ni vengo por mí, ni por vosotros, sino por mamá Coupeau... Sí, vengo á ver si toleraremos que aguarde un pedazo de pan de la caridad de los extraños.

—¡Vaya una entrada!—murmuró la señora Lorilleux;—¡se necesita descaro!

Y le volvió la espalda aplicándose de nuevo á su tarea y como si ignorase la presencia de su cuñada. Mas Lorilleux había levantado su pálido rostro, gritando:

—¿Qué es lo que decís?

Después, como había oído perfectamente, continuó:

—Todavía más lamentos ¿verdad? ¡No deja de ser